

P. STEFANO MARIA MANELLI, O.F.M

JESÚS
AMOR EUCARÍSTICO
Extracto

***Vida eucarística
siguiendo los ejemplos de los santos***

TESTIMONIO de Autores Católicos Escogidos

C/ Maestro Ripoll, 14 - 28006 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 562 75 43 - Fax: (34) 91 564 72 83

e-mail: madrid@testimonio.net

ISBN-10: 84-86866-146

ISBN-13: 978-8486866-14-3

Depósito legal: B-18.098-2006

® 2006 Copyright TESTIMONIO

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro

O. T. G. D.
Madrid, 2006



ARZOBISPADO DE MADRID

En orden a la instancia en la que se solicita licencia eclesiástica para publicar la obra "Jesús, Amor Eucarístico", de Stefano María Manelli, me es grato comunicarle que el Censor D. Carlos Aguilar Grande ha dado el "*Nihil Obstat*" y el Ilmo. Sr. Vicario General, D. Joaquín Iniesta Calvo - Zataráin, ha concedido el "*Imprimatur*" con fecha 14 de marzo de 2006. Se hará entrega en Secretaría General de dos ejemplares impresos del mismo a los efectos oportunos.

Dios guarde a ud. muchos años
Madrid, 14 de marzo de 2006



PRÓLOGO

“La devoción a la Eucaristía –dijo San Pío X, el Papa de la Eucaristía– es la devoción más noble porque tiene por objeto a Dios; es la más saludable porque nos da al Autor de la gracia; es la más dulce porque dulce es el Señor”.

La devoción a la Eucaristía junto con la devoción a Nuestra Señora es una devoción celestial porque es la devoción que tienen también los Ángeles y los santos en el Cielo. *“Imaginando que hay una academia en el Cielo –decía Santa Gema Galgani extasiada– allí únicamente se debe aprender a amar. El aula está en el Cenáculo, el maestro es Jesús, las doctrinas son su Carne y su Sangre”.*

La Eucaristía es Jesús Amor. Por esto es el sacramento del Amor, de todo el amor: Contiene a Jesús vivo y verdadero que es *“Dios Amor”* (1 Jn 4 8) y que nos *“amó hasta el extremo”* (Jn 13 1).

Todas las expresiones del amor, las más elevadas y las más hondas, se encierran en la Eucaristía: El amor crucificado, el amor unitivo, el amor adorador, el amor contemplativo, el amor orante, el amor embriagador.

Jesús Eucarístico es *Amor crucificado* en el Santo Sacrificio de la Misa en el que se renueva la inmolación de Sí mismo por nosotros; es *Amor unitivo* en la Comunión sacramental y en la espiritual, en la que se hace *“uno”* con quien lo recibe; es *Amor adorador* en el Santo Sagrario en donde está presente como holocausto de adoración al Padre; es *Amor contemplativo* en el encuentro con las almas que quieren *“estar a sus pies”* como María de Betania (Lc 10 39); es *Amor orante* porque *“está siempre vivo para interceder”* ante Dios por nosotros (Hb 7 25); y es *Amor embriagador* en la embriaguez celeste de la unión nupcial con sus predilectos que Él estrecha consigo, los

vírgenes y las vírgenes, con amor exclusivo como abrazó a San Juan Evangelista, el apóstol virgen, el único que en el Cenáculo *“se había recostado en su pecho”* (Jn 21 20).

“Ser poseído por Jesús es poseerle a Él: he aquí el reino perfecto del amor”, ha escrito San Pedro Julián Eymard.

Pues bien, la Eucaristía realiza este *“reino perfecto del amor”* en todos los limpios de corazón que se recuestan en el Santo Sagrario y se unen a Jesús Hostia con humildad y amor. Jesús se inmola en la Eucaristía por nosotros, se nos da, se queda con nosotros con humildad y amor infinitos.

“¡Oh maravillosa altura y dignación que produce estupor –exclama el Seráfico Padre San Francisco– oh humildad sublime y sublimidad humilde que tiene el Señor del Universo, Dios e Hijo de Dios, de humillarse y esconderse bajo la pequeña figura de pan por nuestra salvación! Contemplad, hermanos, el abajamiento de Dios... Por tanto, no tengáis nada vuestro para que os acoja enteramente el que se da entero a vosotros”.

Y San Alfonso M^a de Ligorio, con su acostumbrada ternura afectuosa, añade: *“¡Jesús mío! Qué invención amorosa ha habido nunca como ésta del Santísimo Sacramento de esconderse bajo la apariencia de pan para haceros amar y encontrar por quien os desea”*.

Que en nuestro afecto hacia el Santísimo Sacramento esté siempre presente el pensamiento en el sacerdote que nos da a Jesús cada día y en la Beata Virgen María que es la Madre divina de Jesús y de todos los Sacerdotes, porque la Eucaristía, Nuestra Señora y el sacerdote son tan inseparables como lo fueron *Jesús, María y San Juan Evangelista*.

Aprendamos todo esto en la escuela de los santos. Ellos lo han vivido de una manera ardiente y sublime de

verdaderos Serafines de amor a la Eucaristía. Y ellos solos, como dice la Lumen Gentium (n. 50) son la “*vía segurísima*” para ir a Jesús Amor Eucarístico.

Jesús Eucarístico es el *“Emmanuel”*,
o sea *“Dios con nosotros”* (Mt 1 23).

I

¡OH DIVINA EUCARISTÍA!

- Jesús Eucarístico es Dios entre nosotros

JESÚS EUCHARÍSTICO
ES DIOS ENTRE NOSOTROS

Cuando San Juan María Vianney llegó al pequeño y apartado pueblecito de Ars, alguien le dijo con amargura: “Aquí no hay nada que hacer”. *“Entonces, hay que hacer todo”*, respondió el Santo.

Y comenzó a hacer inmediatamente. ¿El qué?... Se levantaba a las dos de la noche y se ponía a rezar en la oscuridad de la Iglesia, cerca del altar. Rezaba el Oficio divino, hacía la meditación, se preparaba para la Santa Misa; después de la Santa Misa hacía la acción de gracias, y después todavía se quedaba rezando hasta el mediodía: De rodillas siempre, sobre el suelo, sin apoyarse, el Rosario entre las manos y la mirada fija en el Sagrario. Así duró un poco de tiempo.

Luego, sin embargo,... tendría que empezar a cambiar los horarios; y llegó hasta el punto de transformar radicalmente el orden de sus cosas. Jesús Eucarístico y la Virgen Santa atraían poco a poco las almas de aquella pobre parroquia, hasta que la iglesia resultó insuficiente para contener la muchedumbre y el confesonario del santo Cura llegó a tener interminables filas de penitentes, lo que obligaba al santo Cura a estar confesando ¡durante diez, quince y hasta dieciocho horas al día!

¿Cómo es posible esa transformación? Una iglesia pobre, un altar desierto, un Sagrario abandonado, un viejo confesonario, un sacerdote sin medios y con pocas dotes ¿cómo podían causar en aquel desconocido pueblecito una transformación tan admirable?

En San Giovanni Rotondo

La misma pregunta podríamos hacer hoy a un pueblo del Gargano, San Giovanni Rotondo, perdido e ignorado hasta hace unas pocas decenas de años entre los barrancos de aquel promontorio. Hoy San Giovanni Rotondo es un centro de vida espiritual cuya fama ha traspasado las fronteras.

También allí había un pobre Hermano enfermo, un viejo y pequeño convento decadente, una pequeña iglesia vacía, un altar y un Sagrario siempre solos con aquel pobre Hermano que consumía las cuentas de su Rosario y las manos rezándolo incansablemente.

¿Cómo es posible? ¿A qué se debe la admirable transformación ocurrida en Ars y en San Giovanni Rotondo para centenares de miles, quizá millones, de personas llegadas de todas las partes de la tierra?

Sólo Dios podía obrar aquella transformación valiéndose a su estilo de *“lo que no es, para reducir a la nada lo que es”* (1 Co 1 28).

Todo se debe a Él, a la potencia divina e infinita de la Eucaristía, a la fuerza omnipotente que irradia el Sagrario y que se ha irradiado desde los Sagrarios de Ars y de San Giovanni Rotondo, uniendo a las almas mediante el ministerio de aquellos dos sacerdotes, *“verdaderos ministros del Sagrario”* (Hb 13 10) y *“administradores de los misterios de Dios”* (1 Co 4 1).

El Emmanuel

¿Qué es realmente la Eucaristía? La Eucaristía es Dios entre nosotros. Es el Señor Jesús presente en el Sagrario de nuestras iglesias con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Es Jesús oculto bajo la apariencia de pan, pero presente verdadera, real y substancialmente, en las hostias consagradas para quedarse en medio de nosotros, obrar con nosotros, para nosotros, a nuestra disposición. Jesús Eucarístico es el verdadero “*Emmanuel*”, o sea “*Dios con nosotros*” (Mt 1 23).

“La fe de la Iglesia –enseña S. S. Pío XII– es esta: Que uno e idéntico es el Verbo de Dios y el Hijo de María, que padeció en la Cruz, que está presente en la Eucaristía, que reina en el Cielo”.

Jesús Eucarístico está entre nosotros como hermano, como amigo, como esposo de nuestras almas. Él quiere venir a nosotros para ser nuestro alimento de vida eterna, nuestro amor, nuestro apoyo, quiere incorporarnos a Él para ser nuestro Redentor y Salvador. El que nos lleva al Reino del Cielo para ponernos en la eternidad del Amor.

Con la Eucaristía Dios nos ha dado verdaderamente todo. San Agustín exclama: “*Dios siendo Omnipotente no pudo dar más, siendo sapientísimo no supo dar más, siendo riquísimo no tuvo más para dar*”.

San Pedro Julián Eymard, cuando llegó a París, se fue a alojar a una casa paupérrima en la que faltaban muchas cosas necesarias. Pero si alguno se lamentaba y se apiadaba de él, el Santo respondía: “*Está el Santísimo Sacramento; es todo lo que me hace falta*”. Y cuando las personas se dirigían a él para obtener alguna gracia, ayuda y consuelo, el Santo respondía: “*Encontraréis todo en la Eucaristía*”.

La palabra de ánimo, la ciencia y los milagros. Sí, también los milagros”.

“¿Qué más queréis?”

Vayamos pues a la Eucaristía. Acerquémonos a Jesús que quiere hacerse nuestro para hacernos suyos divinizándonos. *“Jesús, alimento de las almas fuertes – exclamaba Santa Gema Galgani– fortifícame, purifícame, divinízame”.*

Recostémonos en la Eucaristía con corazón puro y ardiente, como los santos. Nunca será demasiada nuestra preocupación por conocer y hacer conocer este Misterio inefable. Que la meditación, el estudio y la reflexión sobre la Eucaristía encuentren sitio en el tiempo celoso, en el cotidiano transcurso de nuestras horas. Será el tiempo más bendito de nuestra jornada. Hará bien al alma y al cuerpo.

Se lee en la vida de San Pío X que un día, cuando era párroco de Salzano fue a visitar a un clérigo enfermo. En aquel mismo momento llegó también el médico y le preguntó al enfermo cómo estaba. El joven clérigo respondió que aquel día se había encontrado mejor porque había enseñado algo sobre la Eucaristía a sus hermanos pequeños. A esta respuesta, el médico exclamó en tono de burla:

“¡Oh! Esto sí que es bonito. En las clínicas donde he estudiado no he oído decir nunca que la doctrinilla cristiana pudiera producir estos efectos”.

A esta agria salida intervino inmediatamente el párroco en defensa del clérigo y dijo al médico: *“¡Oh! Los efectos de vuestra doctrina bien los vemos, doctor, y los vería*

también un miope porque el cementerio está repleto de ellos... En cambio la doctrina cristiana llena un lugar que sólo un miope de cerebro no podría ver: ¡el Cielo!".

La Eucaristía es la "levadura" celeste (Mt **13** 33) capaz de fermentar en la naturaleza humana de cada uno de los hombres todos los bienes espirituales y temporales. Es un bien tan grande que no se puede desear otro mayor. ¿Qué otra cosa más se podría desear, en efecto, cuando se tiene consigo a Jesús vivo y verdadero, Dios humanado, Verbo hecho Carne y Sangre para nuestra salvación y felicidad?

San Pedro Julián Eymard respondió bien en el lecho de muerte a un religioso que le pedía un último pensamiento-recuerdo: *"No tengo nada más que deciros. Tenéis la Eucaristía: ¿Qué más queréis?..."*.

Verdaderamente así es.

Jesús “que me amó
y se entregó a sí mismo por mí”
(Ga 2 20)

II

JESÚS PARA MÍ

- La Santa Misa y el Sacrificio de la Cruz

LA SANTA MISA Y EL SACRIFICIO DE LA CRUZ

Solamente en el Cielo comprenderemos la maravilla divina que es la Santa Misa. Por mucho que uno se esfuerce y por mucho que se sea santo y se esté inspirado, no se puede más que balbucear sobre esta obra divina que trasciende los hombres y los ángeles.

Un día le dijeron a San Pío de Pietrelcina: “Padre, explíquenos la Santa Misa”. *“Hijos míos –repuso el Padre– ¿cómo puedo explicároslo? La Misa es infinita como Jesús... Preguntadle a un ángel qué es una Misa y él os responderá en verdad: Comprendo lo que es y por qué se dice, pero lo que no comprendo es todo lo que vale. Un ángel, mil ángeles, en todo el cielo lo saben y piensan así”*.

El altar y el Calvario

San Alfonso M^a de Liguorio llegó a afirmar: *“Dios mismo no puede hacer que haya una acción más santa y más grande que la celebración de una Santa Misa”*. ¿Por qué? Porque la Santa Misa se puede decir que es la síntesis de la Encarnación y de la Redención; contiene el Nacimiento, la Pasión y la Muerte de Jesús por nosotros. El Concilio Vaticano II nos enseña: “Nuestro Salvador en la Última Cena, la noche en que iba a ser entregado, instituyó el Sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, en el que perpetuar el Sacrificio de la Cruz a lo largo de los siglos hasta que Él vuelva” (*Sacrosanctum Concilium*, n. 47).

El papa Pío XII ya había manifestado este pensamiento asombroso: *“El altar de nuestras iglesias no es diferente del altar del Gólgota; es también un monte coronado por la Cruz y por el crucifijo en el que tiene lugar la reconciliación de Dios con el hombre”*. Y Santo Tomás escribió: *“La celebración de la Misa vale tanto como vale la muerte de Jesús en la Cruz”*.

Por eso San Francisco de Asís decía: *“El hombre debe temblar, el mundo debe estremecerse, el cielo entero debe estar conmovido cuando el Hijo de Dios aparece en el altar entre las manos del sacerdote”*.

En realidad, al renovar el Sacrificio de la Pasión y de la Muerte de Jesús, la Santa Misa es algo tan grande que basta por sí sola para contener la Justicia Divina.

“Toda la cólera y la indignación de Dios –afirma San Alberto Magno– cede ante esta ofrenda”.

Santa Teresa de Jesús decía a sus hijas: *“Sin la Santa Misa ¿qué sería de nosotras? Todo perecería aquí abajo porque sólo Ella puede parar el brazo de Dios”*. Ciertamente, sin Ella la Iglesia no duraría y el mundo estaría perdido desesperadamente. *“Sin la Santa Misa, la tierra estaría aniquilada hace mucho tiempo a causa de los pecados de los hombres”*, enseñaba San Alfonso M^a de Liguorio. *“Sería más fácil que la tierra se gobernara sin el sol que sin la Santa Misa”*, afirmaba San Pío de Pietrelcina, haciéndose eco de San Leonardo de Puerto Mauricio que decía: *“Creo que si no hubiera Misa, el mundo ya se habría hundido bajo el peso de su iniquidad. La Misa es el poderoso apoyo que lo mantiene”*.

Gracias sublimes

Los efectos saludables que produce además cada Sacrificio de la Misa en las almas de los que participan en ella son admirables; obtiene el arrepentimiento y el perdón de las culpas, disminuye la pena temporal debida por los pecados, debilita el imperio de Satanás y los ardores de la concupiscencia, consolida los vínculos de la incorporación a Cristo, preserva de los peligros y desgracias, abrevia la duración del Purgatorio, procura un grado mayor de gloria en el Cielo. San Lorenzo Justiniano dice: *“Ninguna lengua humana puede enumerar los favores que tienen su origen en el sacrificio de la Misa: El pecador se reconcilia con Dios, el justo se hace más justo, se cancelan las culpas, se aniquilan los vicios, se alimentan las virtudes y los méritos, y se rebaten las insidias diabólicas”*. Por eso San Leonardo de Puerto Mauricio no paraba de exhortar a las multitudes que le escuchaban: *“Oh pueblo engañado ¿qué haces? ¿por qué no corres a la iglesia a oír todas las misas que puedas? ¿por qué no imitas a los ángeles que cuando se celebra la Misa bajan en escuadrones desde el Cielo y se quedan en torno a nuestros altares, en adoración, para interceder por nosotros?”*.

Si es verdad que todos tenemos necesidad de tener gracias para esta vida y para la otra, con nada se pueden obtener como con la Santa Misa. San Felipe Neri decía: *“Con la oración pedimos a Dios las gracias; en la Santa Misa le obligamos a dárnoslas”*. La oración hecha durante la Santa Misa implica a todo nuestro sacerdocio, bien sea el ministerial exclusivo del sacerdote, bien sea el común a todos los fieles. En la Santa Misa, nuestra plegaria va unida con la plegaria sacrificada de Jesús que se inmola por nosotros.

Especialmente durante el Canon, que es el corazón de la Misa, la plegaria de todos nosotros se convierte en la plegaria de Jesús presente entre nosotros. Los dos momentos del Canon Romano en los que se puede recordar a los *vivos* y a los *difuntos* son los momentos de oro de nuestra súplica: Podemos rezar por nuestras necesidades, podemos encomendar a las personas queridas, vivas y difuntas, precisamente en los instantes supremos de la Pasión y Muerte de Jesús entre las manos del sacerdote. Aprovechémonos con delicadeza; los santos tenían mucha, y cuando se encomendaban a la plegaria de los sacerdotes les pedían que los recordasen sobre todo en el Canon.

En particular, en la hora de la muerte, las misas oídas devotamente serán nuestro mayor consuelo y esperanza; y una Misa oída durante la vida será más saludable que muchas misas oídas por otros a favor nuestro cuando hayamos muerto. San José Cottolengo garantiza una muerte santa a quien participa frecuentemente en la Santa Misa. También San Juan Bosco considera un signo de predestinación oír muchas Misas. *“Estate segura –dijo Jesús a Santa Gertrudis– de que yo mandaré tantos de mis santos cuantas hayan sido las Misas bien oídas por quien oye devotamente la Santa Misa para protegerle y ayudarle en los últimos instantes de su vida”.*

¡Qué consolador es esto! Tenía razón el Santo Cura de Ars al decir: *“Si conociéramos el valor del Santo Sacrificio de la Misa, ¡cuánto mayor celo pondríamos en oírla!”.*

Y San Pedro Julián Eymard exhortaba así: *“Entérate, oh cristiano, de que la Misa es el acto más santo de nuestra Religión; tú no podrías hacer nada más glorioso para Dios ni más provechoso para tu alma que oírla piadosamente y con la mayor frecuencia posible”.*

El ángel cuenta los pasos

Por eso deberíamos estimarnos afortunados cada vez que se nos ofrece la posibilidad de oír una Santa Misa, y no echarnos atrás ante cualquier sacrificio para no perderla, especialmente los días de precepto (domingos y festivos) en los que la obligación de participar en la Santa Misa es grave, y que, por tanto, el que no va comete pecado mortal.

Pensemos en Santa María Goretti, quien para ir a Misa los domingos recorría a pie, entre ida y vuelta, ¡24 kilómetros! Pensemos en Santina Campana que se iba a Misa teniendo una fiebre altísima.

Pensemos en San Maximiliano M^a Kolbe que celebraba la Santa Misa en unas condiciones de salud tan impresionantes que hacía falta que lo sostuviera un Hermano en el altar para que no se cayese. Y ¿cuántas veces San Pío de Pietrelcina celebró la Misa preso de la fiebre y sangrando?

Y si las enfermedades impedían a los santos tomar parte en la Santa Misa, al menos se unían espiritualmente a los sacerdotes celebrantes en todas las iglesias de la tierra. Así lo hizo Santa Bernardita cuando tuvo que estar clavada al lecho durante mucho tiempo. Decía a sus hermanas: *“Las Misas se celebran perpetuamente en uno u otro sitio del mundo; yo me uno a todas estas Misas, sobre todo durante las noches que paso sin coger el sueño”*.

En nuestra vida de cada día debemos preferir la Santa Misa a cualquier otra cosa buena, porque como dice San Bernardo: *“Se obtiene más mérito oyendo devotamente una Santa Misa que distribuyendo a los pobres toda la sustancia propia y andando de peregrinación por toda la tierra”*. Y no puede ser de otra manera porque no puede

haber ninguna cosa en el mundo que pueda tener el valor infinito de una Santa Misa. *“El martirio no es nada –decía el Santo Cura de Ars– en comparación con la Misa, porque el martirio es el sacrificio del hombre a Dios, mientras que la Misa es ¡el sacrificio de Dios por el hombre!”*.

Tanto más debemos preferir la Santa Misa a las diversiones en las que se pierde el tiempo sin ninguna ventaja para el alma. San Luis IX, rey de Francia, oía varias Misas todos los días. Algún ministro se quejó de eso diciendo que podía dedicar ese tiempo en asuntos del reino.

El santo rey le dijo: *“Si emplease el doble de tiempo en diversiones y en la caza, nadie tendría nada que criticar”*.

Seamos generosos y hagamos voluntariamente algún sacrificio para no perder un bien tan grande.

San Agustín decía a sus cristianos: *“Todos los pasos que da uno para ir a oír la Santa Misa, los va contando un Ángel, y Dios concederá un premio incomparable en esta vida y en la eternidad”*. Y el Santo Cura de Ars añade: *“¡Qué feliz se siente el Ángel de la Guarda que acompaña a un alma a la Santa Misa!”*.

*“El que come mi Carne
y bebe mi Sangre
permanece en Mí y Yo en él”
(Jn 6 56)*

III

JESÚS EN MÍ

- La Acción de gracias después de la Santa Comunión

LA ACCIÓN DE GRACIAS
DESPUÉS DE LA SANTA COMUNIÓN

El tiempo de la *acción de gracias* después de la Santa Comunión es el tiempo más real del amor íntimo con Jesús. Amor de pertenencia total recíproca: ya no hay dos, sino uno solo, en alma y cuerpo. Amor de compenetración y de fusión: Él en mí y yo en Él, para consumarnos en la unidad y en la unicidad del amor.

“Eres mi presa amorosa, como yo soy presa de tu inmensa caridad”, decía Santa Gema a Jesús con ternura. *“Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero”,* se dice en el Apocalipsis (19 9).

Pues bien, en la Comunión Eucarística el alma realiza verdaderamente, en celeste unión virginal, el amor nupcial con Jesús Esposo, a quien puede decir con el arrebatado tiernísimo de la Esposa de los Cánticos arrebatada en éxtasis: *“¡Qué me bese con los besos de su boca!”* (Ct 1 1).

La *acción de gracias* después de la Santa Comunión es una pequeña experiencia del amor celestial en esta tierra; en el Cielo, en efecto, ¿cómo amaremos a Jesús sino siendo eternamente *uno* con Él? Jesús querido, Jesús dulce ¿cómo debemos agradecerte cada Santa Comunión que nos concedes! ¿No tenía, quizá, razón Santa Gema al decir que en el Cielo te agradecería la Eucaristía más que cualquier otra cosa? ¡Qué milagro de amor el estar enteramente *fundido contigo, Jesús!*

Agua, levadura, cera

San Cirilo de Alejandría, Padre de la Iglesia, se vale de tres imágenes para ilustrar la fusión de amor con Jesús en la Santa Comunión: *“El que comulga está santificado, divinizado en su cuerpo y en su alma a la manera del agua que, puesta sobre el fuego, hierve... La Comunión actúa como la levadura, que metida dentro de la masa de harina la fermenta toda... De la misma manera que calentando juntos dos pedazos de cera, la cera de ambos se convertirá en una sola masa de cera, así yo creo que quien se alimenta de la Carne y de la Sangre de Jesús, queda fundido de la misma forma con Él y se encuentra que está él en Cristo y Cristo en él”*.

Por eso, Santa Gema hablaba con asombro de la unión eucarística entre *“Jesús todo y Gema nada”*, y exclamaba extasiada: *“¡Cuánta dulzura, Jesús, en la Comunión! Quiero vivir abrazada contigo, contigo abrazada quiero morir”*. Y el Beato Contardo Ferrini escribía: *“¡La Comunión! ¡Oh, dulces caricias del Creador con la criatura! ¡Oh, inefable elevación del espíritu humano! ¿Qué cosa tiene el mundo que se pueda comparar con estas alegrías purísimas del Cielo, con estas muestras de la gloria eterna?”*.

Piénsese también en el valor trinitario de la Santa Comunión. Un día, Santa María Magdalena de Pazzi, después de la Comunión, arrodillada entre las novicias, con los brazos en cruz, alzó los ojos al cielo y dijo: *“Hermanas, si comprendiéramos que el tiempo que duran en nosotros las especies eucarísticas Jesús está presente y actúa en nosotros inseparablemente con el Padre y con el Espíritu Santo, y que, por tanto, es toda la Trinidad Santísima...”*, y

no pudo terminar de hablar porque fue arrebatada en un éxtasis sublime.

Al menos un cuarto de hora

Por eso, los santos, cuando podían, no ponían límite al tiempo de la acción de gracias, que llegaba a durar incluso más de una hora. Santa Teresa de Jesús recomendaba a sus hijas: *“Entretengámonos cariñosamente con Jesús y no perdamos la hora que sigue a la Comunión: Es un tiempo excelente para tratar con Dios y para presentarle los intereses de nuestra alma... Porque sabemos que Jesús bueno se queda con nosotras hasta que el calor natural haya consumido los accidentes del pan, debemos tener gran cuidado en no perder tan bella ocasión de tratar con Él y presentarle lo que necesitamos”*.

San Francisco de Asís, Santa Juliana Falconieri, Santa Catalina, San Pascual, Santa Verónica, San José de Cupertino, Santa Gema, y tantos otros, inmediatamente después de la Santa Comunión caían casi siempre en éxtasis de amor; y entonces, el tiempo ¡sólo lo medían los Ángeles! También Santa Teresa de Jesús estaba en éxtasis casi siempre inmediatamente después de comulgar, y a veces ¡había que sacarla *a la fuerza* del comulgatorio de las monjas!

San Juan de Ávila, San Ignacio de Loyola y San Luis Gonzaga hacían la acción de gracias de rodillas durante dos horas. Santa María Magdalena de Pazzi no habría querido interrumpirla, y hacía falta obligarla para que tomase algo de alimento. *“Los minutos que siguen a la Comunión – decía la Santa– son los más preciosos que tenemos en la*

vida; los más adecuados de nuestra parte para tratar con Dios, y de parte de Dios para darnos Su Amor”.

San Luis María Grignion de Monfort, después de la Santa Misa, se quedaba al menos media hora dando gracias, sin que hubiese preocupación ni compromiso alguno que sirviera para que lo omitiese, ya que, decía: *“No daría esta hora de acción de gracias ni por una hora del Cielo...”*.

Hagamos nosotros también un propósito: Inmediatamente después de la Comunión debemos hacer lo posible para estar, al menos, un cuarto de hora dando gracias, sin que haya nada preferible. Estos minutos en los que Jesús está físicamente presente en nuestra alma y en nuestro cuerpo, son minutos de Cielo que no debemos desperdiciar.

San Felipe y las velas

El Apóstol ha escrito: *“Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo”* (1 Co 6 20). Pues bien, no hay ningún tiempo como el de después de la Santa Comunión para realizar estas palabras a la letra. ¡Qué feo, por tanto, el comportamiento del que ha comulgado y sale de la iglesia apenas terminada la Misa, o incluso inmediatamente después de haber comulgado! Recordemos el ejemplo de San Felipe Neri que hacía acompañar de dos monaguillos con velas encendidas al que salía de la iglesia apenas acabado de comulgar... ¡Qué bella lección! Por lo menos, por educación, cuando se recibe un huésped, uno se interesa y conversa con él. Y si este huésped es Jesús nos debería doler que su presencia apenas dure un cuarto de hora o poco más. A este propósito, San José Cottolengo

vigilaba personalmente la confección de las formas para la Misa, y ordenaba a la Hermana encargada de hacerlas: *“Para mí, las formas hágalas gruesas porque necesito entretenerme un rato con Jesús y no quiero que las sagradas especies se descompongan pronto”*.

Y ¿por qué San Alfonso M^a de Ligorio llenaba el cáliz de vino hasta los bordes si no es para tener más tiempo en su cuerpo a Jesús?

¿No estamos, quizá, demasiado lejos de los santos cuando pensamos siempre que la acción de gracias es demasiado larga y no vemos la hora de que acabe? Pero ¡cuidado! Porque si es verdad que en cada Comunión Jesús *“devuelve el céntuplo de la acogida que se le hace”* como dice Santa Teresa de Jesús, también es verdad que seremos responsables al céntuplo de nuestra falta de acogida. Un compañero de San Pío de Pietrelcina contó que un día fue a confesarse con el santo Fraile acusándose, entre otras cosas, de que había omitido la acción de gracias en la Santa Misa por causa de una obligación de su ministerio. El Padre Pío, benévolo cuando escuchaba las otras faltas, se puso muy serio cuando oyó ésta, con el rostro sombrío, y dijo con voz firme: *“Tengamos cuidado de que el no-poder no sea el no-querer. ¡La acción de gracias la debes hacer siempre, si no lo pagarás caro!”*.

Pensemos, reflexionemos seriamente. Para una cosa tan preciosa como la acción de gracias, hagamos nuestro el aviso del Espíritu Santo: *“No se te escape la posesión de un deseo legítimo”* (Si 14 14). El Beato Contardo Ferrini tenía en tanto la preparación y la acción de gracias de la Comunión, que cada día señalaba los puntos de reflexión sobre los que luego se paraba absorto y feliz.

Acción de gracias con Nuestra Señora

Es particularmente bella la acción de gracias hecha en íntima unión con Nuestra Señora de la Anunciación. Inmediatamente después de la Santa Comunión, también nosotros llevamos a Jesús en nuestras almas y en nuestros cuerpos, a semejanza de Nuestra Señora de la Anunciación; y no podremos adorar a Jesús mejor, ni amarle mejor, que uniéndonos a la Madre Divina, haciendo nuestros los sentimientos de adoración y de amor que Ella alimentó hacia Jesús Dios encerrado en su seno inmaculado.

Nuestra Señora es el vínculo celeste que une a Jesús con nosotros; mejor, es el nudo de amor entre Jesús y la criatura. El Santo Cura de Ars decía que Nuestra Señora está siempre *“entre su Hijo y nosotros”*. Cuando rezamos a Jesús con Ella, cuando le adoramos con el corazón de Nuestra Señora, hacemos pura y preciosa toda oración nuestra, todo acto de adoración y de amor. San Maximiliano M^a Kolbe decía que cuando confiamos una cosa a la Inmaculada, Ella, antes de entregarla a Jesús, la purifica de todo defecto, la *inmaculatiza*. También el Santo Cura de Ars afirmaba: *“Cuando nuestras manos han tocado un perfume, perfuman todo lo que tocan; hagamos que nuestras oraciones pasen por las manos de Nuestra Señora, y Ella las perfumará”*.

Hagamos que nuestras acciones de gracias pasen por el corazón de la Inmaculada, Ella las transformará en un cántico purísimo de adoración y de amor.

A este fin puede ser útil el rezo meditado del Rosario, especialmente el de los misterios gozosos, como enseñan tales santos.

En efecto, ¿habrá alguien acaso que pueda conocer perfectamente la Divinidad de Jesús, adorarla, amarla y dejarse divinizar, como Nuestra Señora en la Anunciación del Ángel? ¿Acaso habrá alguien que pueda llevar a Jesús vivo dentro de sí y quedar profundamente unido a Él en adoración y amor, como Nuestra Señora en el misterio de la Visitación? ¿Acaso podrá estar lleno de Jesús, engendrarle, y darle a los demás, como Nuestra Señora en la gruta de Belén?

Probémoslo también nosotros. ¡No podemos más que ganar si estamos unidos con Nuestra Señora para amar a Jesús con su Corazón de Cielo!

*“Yo estoy con vosotros todos los días
hasta el fin del mundo” (Mt **28** 20)*

IV

¡JESÚS CONMIGO!

- Amar la “Casa de Jesús”

AMAR LA "CASA DE JESÚS"

La divina *Presencia Real* de Jesús en nuestros Sagrarios siempre ha sido objeto de inmensa reverencia por parte de los santos. Su delicadeza amorosa, virginal, por las "*cosas de Jesús*" (1 Co 7 32) era una de las expresiones más evidentes de su gran amor que no admitía reservas, que consideraba todo de gran importancia, incluso una simple cosa de rito externo por la que Santa Teresa y San Alfonso decían estar dispuestos a sacrificar la vida misma.

Decoro y santidad

Y de los santos es de quienes debemos aprender a amar a Jesús, rodeando de atenciones afectuosas los santos Sagrarios, los altares y las iglesias, que son Sus "*casas*" (Mc 11 17). Todo debe expresar decoro. Todo debe inspirar devoción y adoración. También las cosas pequeñas, hasta lo accidental. Nada será demasiado cuando se trata de amar y de honrar al "*Rey de la Gloria*" (Sal 23 10). Piénsese que algunos rituales antiguos, por ejemplo, exigían agua perfumada para el lavatorio de los dedos del sacerdote en la Santa Misa.

Por lo demás, Jesús mismo quiso instituir el Sacramento del Amor en un lugar noble y bello: El *Cenáculo*, una gran sala con adornos y alfombras (Lc 22 12). Y los santos han sido siempre muy celosos del decoro en la Casa de Dios, porque como enseña Santo Tomás de Aquino, hace falta primero cuidar del *Cuerpo REAL* de Jesús, y después, de su *Cuerpo MÍSTICO*.

San Francisco de Asís, por ejemplo, llevaba consigo en sus peregrinaciones apostólicas una... escoba, para barrer las iglesias que no encontraba limpias; después de predicar al pueblo acostumbraba a reunir al clero y les recomendaba con ardor el celo por el decoro de la Casa del Señor; encargaba a Santa Clara y a las clarisas los manteles sagrados para los altares y, no obstante su pobreza, procuraba y enviaba copones, cálices y toallas a las iglesias pobres y abandonadas. Cuando San Pedro Julián Eymard debía empezar la Adoración Eucarística en una casa pobre y abandonada, sentía siempre tanta pena por ello que exclamaba en seguida: *“¡Oh! ¡Cuánto me ha costado alojar al Señor tan pobremente!”*.

De la vida de San Juan Bautista De La Salle sabemos que el Santo quería ver la Capilla limpia y adornada siempre, el altar en perfecto orden, la lámpara eucarística siempre encendida. Las toallas sucias, los ornamentos rotos, los vasos poco limpios, herían sus ojos y, mucho más, su corazón. Ningún gasto le parecía excesivo cuando se trataba del culto de Jesús.

San Pablo de la Cruz quería tan limpios los ornamentos y objetos sagrados que un día devolvió, uno tras otro, dos corporales porque no le parecían bastante limpios.

Entre los soberanos amantes de la Eucaristía, San Wenceslao, rey de Bohemia, preparaba él mismo el terreno, sembraba el grano, lo cosechaba, lo molía, lo tamizaba y con la flor de la harina preparaba las hostias para el Santo Sacrificio. Y Santa Radegunda, Reina de Francia, que luego se hizo humilde religiosa, era feliz de poder moler con sus manos el trigo seleccionado para las Santas Misas, y lo entregaba gratuitamente a las iglesias pobres. Recordemos también a Santa Vicenta Gerosa, que se encargaba de la viña para el vino de las Santas Misas. Con sus manos la cultivaba, la podaba, feliz de pensar que aquellos *racimos*

de uva cuidados por ella se convertirían en la Sangre de Jesús.

Con las manos de Nuestra Señora

¿Qué decir pues de la delicadeza de los santos hacia las Especies eucarísticas? Su fe en la *Presencia Real* de Jesús incluso en el fragmento más pequeño de la Hostia era intacta. Bastaba ver al Padre Pío la fina delicadeza con que purificaba la patena y los vasos sagrados en el altar, ¡se le leía la adoración en la cara!

La vez que Santa Teresita vio un pequeño trozo de una Hostia sobre la patena después de la Santa Misa, llamó a las novicias, y en procesión llevó la patena a la sacristía con una gracia y una adoración verdaderamente angelical. Y Santa Teresa Margarita, habiendo encontrado un fragmento de una Hostia cerca del altar en el suelo, estalló en lloros porque pensó en una irreverencia hacia Jesús y se puso en adoración junto al fragmento hasta que llegó un sacerdote para recogerlo y colocarlo en el Sagrario.

Una vez se le cayó inadvertidamente de las manos a San Carlos Borromeo, mientras distribuía la Comunión, una Partícula sagrada. El Santo se tuvo por culpable de grave irreverencia a Jesús, y sufrió tanto a causa de eso que ¡durante cuatro días no tuvo valor para celebrar la Santa Misa y se impuso además una penitencia de ocho días de ayuno!

¿Qué decir de San Francisco Javier que, a veces, al distribuir la Santa Comunión se sentía sujetado por un sentimiento de adoración tan grande hacia Jesús entre sus manos que se ponía de rodillas para dar la comunión a los

fieles? ¿No era eso un espectáculo de fe y de amor digno del Cielo?

Todavía era más delicado el tacto de los santos Sacerdotes al tocar la Santísima Eucaristía. ¡Cómo habrían deseado ellos haber tenido las manos de la Inmaculada! A San Conrado de Constanza le pasaba que de noche se le iluminaban los dedos pulgar e índice por la fe y el amor con que los usaba al tocar el Cuerpo Santísimo de Jesús. San José de Cupertino, el Santo extático que volaba como un ángel, manifestaba su exquisita delicadeza de amor a Jesús en su deseo expreso de tener otro par de dedos índice y pulgar sólo para poder tocar la Carne Santísima de Jesús. Y San Pío de Pietrelcina, a veces cogía visiblemente a duras penas entre los dedos la Hostia Santa, considerándose indigno de tocarla con sus manos “estigmatizadas”. ¿Qué decir hoy de la penosa ligereza con que se intenta en cualquier parte introducir la comunión en la mano antes que en la lengua? Frente a la humildad angelical de los santos, ¿no se hace de esta manera un papel grosero y presuntuoso?

Modestia en las mujeres

Otra gran preocupación de los santos por el decoro de la Iglesia y de las almas ha sido la de exigir la modestia y el pudor en las mujeres. Todos los santos constantemente reafirman la severidad sobre este punto en particular; desde San Pablo Apóstol (el velo en las mujeres para que no tengan la cabeza “*¡como si estuviera rapada!*” (1 Co **11** 5-6) hasta San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, etc., hasta San Pío de Pietrelcina que no admitía medidas a medias, exigiendo siempre vestidos modestos, largos por debajo de la rodilla. Y ¿cómo podría ser de otra forma? San Leopoldo

de Castelnuovo echaba fuera de la iglesia a las mujeres con vestidos poco modestos, llamándolas *“carne de mercado”*. ¿Qué diría hoy cuando casi todas las mujeres, incluso dentro de la iglesia, destrozan el pudor y la decencia? Hasta en los lugares sagrados ellas siguen las diabólicas artes de Eva con la concupiscencia del hombre, como dice el Espíritu Santo (Eclo 7 26); pero la justicia de Dios no dejará impune tanta necedad e inmundicia; más bien, como dice el Apóstol: *“Fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría, todo lo cual atrae la cólera de Dios”* (Col 3 5-6).

Igualmente, los santos han recomendado siempre, con el ejemplo y con la palabra, la angélica compostura para entrar en la iglesia, signándose devotamente con el agua bendita, hacer una genuflexión piadosamente y, antes de nada, adorar a Jesús en el Sacramento, uniéndose a los Ángeles y a los santos que están alrededor. Si uno se queda en oración es necesario recogerse con cuidado para conservarse atento y devoto; también es bueno acercarse lo más posible al altar del Santísimo porque el Beato Juan Duns Scoto ha demostrado que el influjo físico de la Humanidad Santísima de Jesús es tanto más intenso cuanto más cerca se está de su Cuerpo y de su Sangre (Santa Gema Galgani, en efecto, decía que, a veces, no le era posible acercarse más al altar del Santísimo porque se le encendía un fuego tan grande de amor en su corazón ¡que se le podía llegar a quemar el vestido en el pecho!).

El clavo en el sombrero

El que veía entrar en la iglesia a San Francisco de Sales, signarse, hacer la genuflexión y rezar ante el Sagrario,

debía dar la razón al pueblo que decía: “Lo mismo hacen los Ángeles y los santos en el Cielo”.

Una vez, un príncipe de la corte de Escocia dijo a un amigo suyo: “Si quieres ver cómo rezan los ángeles en el Cielo, ve a la iglesia y mira a la reina Margarita cómo reza con sus hijos ante el altar”. A todos los apresurados y distraídos haría falta recordarles con firmeza las palabras del Beato Luis Guanella: *“La iglesia no puede convertirse en un pasillo, ni en un patio, ni en una calle, ni en una plaza”*. Y San Vicente de Paúl recomendaba con tristeza no hacer ante el Santísimo ciertas genuflexiones de “marionetas”.

¡Qué no sean vanos para nosotros estos ejemplos y lecciones de los santos! Y recordemos ahora en particular el siguiente agradable episodio de San Felipe Neri.

Un día, el Santo paró de repente a un señor que estaba pasando de prisa por delante de una iglesia. San Felipe le preguntó:

“¡Señor! ¿qué es ese clavo?”. “¿Qué clavo?”, dijo el otro asombrado. *“Sí, ese clavo que hay ahí en vuestro sombrero...”*. El señor se quitó el sombrero, lo miró, lo volvió a mirar; ningún clavo. San Felipe le dijo entonces con amabilidad: *“Perdón, me pareció haber visto un clavo que estaba clavando el sombrero a vuestra cabeza porque no os habéis descubierto al pasar por delante de la iglesia”*. El señor lo comprendió y desde entonces no dejó de descubrirse al pasar por delante de una iglesia.

“Flores, felices vosotras...”

En el Evangelio leemos un pequeño episodio que contiene un gran gesto de amor perfumado y todo gracia. Es el gesto de Santa María Magdalena en la casa de

Betania, cuando se acercó a Jesús *“con un frasco de alabastro, con un perfume muy caro, y lo derramó sobre su cabeza”* (Mt **26** 7). Rodear de gracia y de perfume los santos Sagrarios ha sido una labor confiada siempre a esas criaturas gentiles y perfumadas que son las flores.

San Alfonso M^a de Ligorio cantaba así, en una breve estrofa, su alegría y su... envidia por las flores que rodean y perfuman los Sagrarios, y se consumen enteramente por Jesús:

*“¡Flores, felices vosotras, que noche y día
junto a mi Jesús siempre estáis!
quedaos con Él y nunca os vayáis
mientras a vosotras ¡no os deje la vida!”*

Y también en este cuidado de adornar los Sagrarios, nadie ha conseguido superar a los santos.

Cuando el Arzobispo de Turín quiso entrar un día en la iglesia de la “Piccola Casa de la Providenza”, la encontró tan limpia y con el altar tan adornado y perfumado por las flores que preguntó a San José Cottolengo: “¿Qué fiesta se celebra hoy?”. El Santo le respondió: *“Hoy no hay ninguna fiesta especial que celebremos porque aquí, en la iglesia, siempre estamos de fiesta”*.

San Francisco de Jerónimo se las ingeniaba para plantar y cultivar, él mismo, las flores para el altar del Sacramento y, a veces, también las hacía crecer milagrosamente para que Jesús no se quedara sin flores.

“Una flor para Jesús”; no nos privemos de este delicado gesto de amor a Jesús. Será un pequeño gasto semanal, pero se verá recompensado por Jesús “al céntuplo”, y

nuestras flores en el altar expresarán, con su gracia y su fragancia, nuestra presencia de amor a Jesús.

Hay algo más. San Agustín nos recuerda una costumbre piadosa de su tiempo: Después de la Santa Misa, los fieles se disputaban las flores del altar, las llevaban a casa y allí las conservaban como reliquias porque habían estado en el altar junto a Jesús, presentes en su Divino Sacrificio.

Y Santa Juana Francisca de Chantal, diligentísima siempre en llevar a Jesús flores frescas, apenas comenzaban a marchitarse al lado del Sagrario, las cogía y se las llevaba a la celda para tenerlas consigo a los pies de su Crucifijo. ¡Cuándo se ama...!

Aprendamos e imitemos.

El sacerdote es el *“hombre de Dios”*
(2 Tm **3** 17)

V

EL QUE NOS DA A JESÚS

- El que nos da a Jesús

EL QUE NOS DA A JESÚS

¿Quién es el que nos prepara la Eucaristía y nos da a Jesús? Es el *sacerdote*. Si no hubiera sacerdote, ni existiría el Sacrificio de la Misa, ni la Santa Comunión, ni la Presencia Real de Jesús en los Sagrarios.

Y ¿quién es el sacerdote? Es el *“hombre de Dios”* (2 Tm 3 17). En efecto, es Dios el que lo elige y lo llama de entre los hombres, con una vocación especialísima *“Nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios”* - Hb 5 4), lo separa de todos los demás (*“Escogido para el Evangelio”*, Rm 1 1), lo signa con un carácter sagrado que durará eternamente (*“sacerdote para siempre”* Hb 5 6) y lo inviste de los poderes divinos del sacerdocio ministerial para que esté consagrado exclusivamente a las cosas de Dios; el sacerdote *“tomado de entre los hombres está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecadores”* (Hb 5 1-2).

Virgen, pobre, crucificado

Con la Ordenación Sagrada, el sacerdote queda consagrado en el alma y en el cuerpo. Se convierte en un ser todo sagrado, configurado con Jesús Sacerdote. Por eso, el sacerdote es la verdadera prolongación de Jesús; participa de la misma vocación y ministerio de Jesús, está en persona de Jesús en los actos más importantes de la Redención universal (culto divino y evangelización); está llamado a reproducir en su vida la vida entera de Jesús, vida *virginal, pobre y crucificada*. Por esta conformación

con Jesús es “*para los gentiles ministro de Cristo*” (Rm 15 16), guía y maestro de las almas (Mt 28 20).

San Gregorio Niceno escribe: “*El que ayer estaba mezclado entre el pueblo, se convierte en su maestro, en su superior, en doctor de las cosas santas y cabeza de los sagrados misterios*”. Esto ocurre por obra del Espíritu Santo porque “*no es un hombre, no es un ángel, no es un arcángel, no es una potencia creada, sino que es el Espíritu Santo el que inviste del Sacerdocio*” (San Juan Crisóstomo). El Espíritu Santo configura el alma del sacerdote con Jesús, inserta en él la persona de Jesús, de modo que “*El sacerdote en el altar obra en la Persona misma de Jesús*” (San Cipriano), y “*Es el amo de Dios entero*” (San Juan Crisóstomo). Luego, no habrá que maravillarse si la dignidad del sacerdote se considera “*celestial*” (San Casiano), “*divina*” (San Dionisio), “*infinita*” (San Efrén), “*ápice de toda grandeza*” (San Ignacio mártir), “*venerada con amor por los mismos Ángeles*” (San Gregorio Nacianceno), tanto que “*cuando el sacerdote celebra el Divino Sacrificio, los Ángeles están cerca de él cantando a coro un cántico de alabanza en honor del que se inmola*” (San Juan Crisóstomo). Y eso ocurre ¡en cada Santa Misa!

Respeto y veneración

Sabemos que San Francisco de Asís no quería ser sacerdote porque se consideraba demasiado indigno de una vocación tan excelsa. Veneraba con tal devoción a los sacerdotes que los consideraba sus “*señores*” porque en ellos solamente veía al “*Hijo de Dios*”, y su amor a la Eucaristía se fundía con el amor al sacerdote que consagra y administra el Cuerpo y la Sangre de Jesús. En particular,

veneraba las manos de los sacerdotes, que besaba siempre de rodillas con gran devoción; y además besaba también los pies y las huellas mismas por donde había pasado un sacerdote.

San Juan Bosco exhorta así a todos: *“Os recomiendo un sumo respeto a los sacerdotes; descubríos la cabeza en señal de reverencia cuando habléis con ellos o cuando los encontréis en la calle, y besadles respetuosamente la mano. Guardaos principalmente de despreciarles de hecho o de palabra. El que no respeta a los ministros sagrados debe temer un gran castigo del Señor”*.

La veneración de las manos consagradas del sacerdote besadas con reverencia por los fieles, existe en la Iglesia desde siempre. Baste pensar que durante las persecuciones de los primeros siglos un ultraje particular a los obispos o a los sacerdotes consistía en amputarle las manos para que no pudieran ni consagrar ni bendecir. Los cristianos recogían esas manos y las conservaban como reliquias entre perfumes. También el beso de las manos del sacerdote es una expresión delicada de fe y de amor a Jesús que está en persona en el sacerdote. Cuanta más fe y amor se tiene, más está uno impelido a postrarse ante el sacerdote y a besar esas manos *“santas y venerables”* (Canon Romano) entre las que Jesús se hace presente amorosamente cada día. *“¡Oh dignidad venerable del sacerdote —exclama San Agustín— en cuyas manos se encarna el Hijo de Dios como en el seno de la Virgen!”*. Y el Santo Cura de Ars decía: *“Se da un gran valor a los objetos que han estado puestos, en Loreto, en el tazón de la Santa Virgen y del Niño Jesús. Pero ¿no son más preciosos los dedos del sacerdote que han tocado la Carne adorable de Jesucristo, que se han hundido en el Cáliz donde ha estado su Sangre, en el Copón donde ha estado su Cuerpo?”*.

Quizá no lo habíamos pensado nunca, pero es así. Y los ejemplos de los santos lo confirman.

Besaba las dos manos

La venerable Catalina Vannini veía en éxtasis a los Ángeles que rodeaban durante la Misa las manos del sacerdote, y las sostenían en el momento de la elevación de la Hostia y del Cáliz. ¿Podemos imaginar con qué respeto y afecto besaba la Venerable las manos aquellas?

Santa Eduvigis, reina, asistía todas las mañanas a la Misa que se celebraba en la Capilla de la Corte, mostrándose muy agradecida y reverente hacia los sacerdotes que habían celebrado; les invitaba dentro, besaba sus manos con suma devoción, hacía que les dieran de comer, los trataba con los honores más distinguidos. Se le oía exclamar conmovida: *“Bendito el que ha hecho descender a Jesús y me lo ha dado a mí”*.

San Pascual Bailón era el portero del convento. Cada vez que llegaba un sacerdote, el santo frailecito se arrodillaba y le besaba reverentemente las dos manos. De él, se dijo, como de San Francisco, que *“era devoto de las manos consagradas de los sacerdotes”*. Las consideraba capaces de mantener alejados a los males y colmar de bienes a quien las tocaba con veneración, por ser las manos de las que se sirve Jesús.

Y ¿no era, acaso, edificante ver cómo San Pío de Pietrelcina trataba de besar con amor las manos de cualquier sacerdote, incluso cogiéndolas por sorpresa? Y ¿qué decir de D. Dolindo Ruotolo, que no admitía que un sacerdote le pudiese negar *“la caridad”* de dejarle besar la mano?

Por lo demás, sabemos que este acto de veneración incluso ha sido premiado por Dios con verdaderos milagros. En la vida de San Ambrosio se lee que, un día, apenas celebrada la Santa Misa, el Santo se acercó a una mujer paralítica que quería besarle las manos. La pobrecilla tenía gran fe en aquellas manos que habían consagrado la Eucaristía; y fue curada al instante. En Benevento le pasó igual a una mujer paralítica de quince años que pidió permiso al papa León IX para poder beber el agua usada por él durante la Santa Misa para la ablución de los dedos. El santo Papa satisfizo a esta enferma su deseo humilde como el de la cananea que pidió a Jesús *"las migajas que caen de la mesa de los amos"* (Mt 15 27). Y también se curó ella inmediatamente.

Primero el sacerdote, después el Ángel

¡La fe de los santos era en verdad gigante y operante! Vivían de fe (Rm 1 17) y obraban por fe con un amor que no admitía límites cuando se trataba de Jesús. Y el sacerdote era para ellos ni más ni menos que Jesús. *"En los sacerdotes veo al Hijo de Dios"* decía San Francisco de Asís. *"Cada vez que veis un sacerdote –predicaba el Santo Cura de Ars– pensad en Jesús"*. Santa María Magdalena de Pazzi, en efecto, hablando de cualquier sacerdote solía decir: *"Este Jesús"*. Por esto es por lo que Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús besaban la tierra por donde había pasado un sacerdote. Todavía más, Santa Verónica Giuliani, un día, habiendo visto al sacerdote subir la escalera del monasterio para llevar la Comunión a las enfermas se arrodilló en lo bajo de la escalera y subió de rodillas los escalones besándolos uno a uno y bañándolos de lágrimas de amor. ¡Cuándo se quiere!

Decía el Santo Cura de Ars: *“Si yo encontrase a un sacerdote y a un Ángel, saludaría primero al sacerdote, después al Ángel... Si no hubiese sacerdote, de nada serviría la Pasión y la Muerte de Jesús... ¿De qué serviría un cofre lleno de oro si no hubiera quien lo abriese? El sacerdote tiene la llave de los tesoros celestes...”*. ¿Quién hace descender a Jesús a las hostias blancas? ¿Quién pone a Jesús en nuestros Sagrarios? ¿Quién nos da a Jesús a nuestras almas? ¿Quién purifica nuestros corazones para que podamos recibir a Jesús?... El sacerdote, sólo el sacerdote. Él es el *“ministro del Tabernáculo”* (Hb 13 10), es el *“ministro de la reconciliación”* (2 Co 5 18), es el *“ministro de Jesús para los hermanos”* (1 Co 4 1), es el *“administrador de los misterios divinos”* (1 Co 4 1). Y ¿cuántos episodios no se podrían contar de sacerdotes heroicos que se han sacrificado a sí mismos para dar a Jesús a los hermanos? Referiremos a continuación uno sólo de entre tantos.

Nos vemos en el Cielo

Hace unos años, en una parroquia bretona, estaba para morir el viejo cura. Junto a él, uno de sus feligreses, uno de los más alejados de Dios y de la Iglesia, estaba en el fin de su vida. El pobre Párroco estaba desolado porque no se podía mover y le envió al vicepárroco, advirtiéndole que recordase al moribundo que una vez le había prometido que no se moriría sin los santos Sacramentos. *“Pero yo se lo prometí al Párroco, y no a Vd”*, se excusó el enfermo. El vicepárroco se tuvo que volver y le contó la respuesta al Párroco. Éste no se echó atrás, incluso sabiendo que le quedaban pocas horas de vida. Rogó y consiguió ser llevado a casa del pecador. Llegó, consiguió confesar y dar a Jesús

al moribundo, y finalmente le dijo: “¡Nos vemos en el Cielo!”. En una camilla fue de vuelta a la casa parroquial. Al llegar, levantaron el cobertor, pero el párroco ya no se movía, había expirado.

Los sacerdotes son los portadores de la “Vida”, los mediadores de la salvación entre Jesús y las almas. Donde faltan los sacerdotes, la condición moral y espiritual de los hombres es verdaderamente penosa; donde no hay correspondencia a la vocación sacerdotal o a la vocación misionera, empiezan a faltar los “*multiplicadores*” de Jesús, como decía San Pedro Julián Eymard y la fe languidece o se muere.

Una vez, en efecto, un jefe de una tribu japonesa preguntó a San Francisco Javier, después de una predicación sobre el amor de Dios a los hombres: “¿Cómo es posible que Dios, si es tan bueno como dices, haya esperado tanto tiempo en hacernos conocer el Cristianismo?”. “¿Quieres saberlo? –repuso el santo con tristeza– *Helo aquí: El mismo Dios había inspirado a muchos cristianos que vinieran a anunciar la Buena Nueva, pero muchos de ellos no han querido escuchar su invitación*”.

Los verdaderos Sacerdotes son los que constituyen la Iglesia, dándole estabilidad y fecundidad. El Beato Antonio Chevrier decía que cada Iglesia tiene “*por fundamentos... santos Sacerdotes; por columnas... santos Sacerdotes; como lámpara... un santo sacerdote; en el púlpito... un santo sacerdote; en el altar... un santo sacerdote, ¡otro Cristo!*”.

Santo o demonio

Veneremos al sacerdote y estemos agradecidos a él porque nos da a Jesús; pero, sobre todo, roguemos por su altísima misión, que es la misión misma de Jesús. *“Como el Padre me envió, Yo también os envió”* (Jn 20 21). Misión divina que hace dar vueltas a la cabeza y enloquecer de amor, reflexionar a fondo. El sacerdote es *“asimilado al Hijo de Dios”* (Hb 7 3), y el Santo Cura de Ars decía que *“sólo en el Cielo medirá toda su grandeza. Si lo entendiese ya en la tierra, moriría no de espanto, sino de amor... Después de Dios, el sacerdote es todo”*.

Pero la sublimidad de esta grandeza comporta una responsabilidad enorme sobre la pobre humanidad del sacerdote; humanidad que es idéntica a la de cualquier otro hombre. *“El sacerdote –decía San Bernardo– es, por naturaleza, como todos los demás hombres, por dignidad es superior a cualquiera otro de la tierra, por conducta debe ser émulo de los Ángeles”*.

Vocación divina, misión sublime, vida angélica, dignidad excelsa, pesos agotadores... ¡en una pobre carne humana! Decía bien el Beato D. Eduardo Poppe, sacerdote admirable: *“El Sacerdocio es Cruz y Martirio”*.

Piénsese en el peso de las responsabilidades por la salvación de las almas encomendadas al sacerdote. Él ha de preocuparse en llevar a la fe a los incrédulos, en convertir a los pecadores, en enfervorizar a los tibios, en empujar cada vez más alto a los buenos, en hacer caminar por las cimas a los santos. Pero ¿cómo hacer todo eso si no es de verdad “uno” con Jesús? Por eso San Pío de Pietrelcina decía: *“El sacerdote o es un santo o es un demonio”*. O santifica o echa a perder. Pero ¿qué desastre incalculable no provoca el sacerdote que profana su vocación con un

comportamiento indigno o nada menos que el desprecio, renegando de su estado consagrado y de elegido por el Señor (cf. Jn 15 16).

San Juan Bosco decía que *“un sacerdote no va nunca solo ni al Cielo ni al Infierno; con él siempre van un gran número de almas: O salvadas por su santo ministerio y su buen ejemplo, o perdidas por su negligencia en el cumplimiento de sus propios deberes o por su mal ejemplo”*.

En los procesos canónicos figura escrito que el Santo Cura de Ars vertía abundantísimas lágrimas *“pensando en la desgracia de los sacerdotes que no corresponden a la santidad de su vocación”*. Y San Pío de Pietrelcina ha descrito visiones angustiosas sobre los sufrimientos espantosos de Jesús por culpa de los sacerdotes indignos e infieles.

Roguemos por ellos

Se sabe que Santa Teresita, la angélica carmelita, hizo su última Comunión, antes de su muerte, por esta sublime intención: Conseguir que retornara un sacerdote descarriado que había renegado de su vocación. Y se sabe que este sacerdote murió arrepentido, invocando a Jesús.

Sabemos que no son raras las almas, especialmente virginales, que se han ofrecido víctimas por los Sacerdotes. Son almas predilectas de Jesús de un modo absolutamente singular. Pero roguemos también nosotros, y ofrezcamos también sacrificios por los Sacerdotes, por los que están más en peligro y por los más seguros, por los descarriados y por los adelantados en la perfección. Es fácil, sin embargo,

que se critique a los Sacerdotes por sus defectos, mientras que es más raro que se ruegue por ellos.

San Nicolás de Flüe, célebre santo suizo, padre de familia, decía con energía a los que fácilmente critican a los Sacerdotes: *“Y tú, ¿cuántas veces has rogado por la santidad de los Sacerdotes? Dime: ¿qué has hecho para conseguir buenas vocaciones a la Iglesia?”*.

Una vez, una hija espiritual de San Pío de Pietrelcina se acusó en confesión de haber criticado a algunos sacerdotes por ciertos comportamientos, no buenos, de ellos, y oyó que el Padre Pío le respondía con voz fuerte: *“En vez de criticarles, ¡piensa en rezar por ellos!”*.

Y en particular, cada vez que veamos un sacerdote en el altar, recemos también a Nuestra Señora con las palabras del venerable Carlos Jacinto: *“Oh, Virgen amada, presta tu corazón a ese sacerdote para que pueda celebrar dignamente”*.

Recemos también nosotros, como Santa Teresita, para que los Sacerdotes en el altar toquen el Santísimo Cuerpo de Jesús con la misma pureza y delicadeza de Nuestra Señora.

Mejor todavía, recemos para que todos los Sacerdotes puedan imitar a San Cayetano, que se preparaba a celebrar la Santa Misa uniéndose tan íntimamente a María Santísima, que se decía de él: *“Celebra la Misa como si fuera Ella”*.

Y en efecto, como Nuestra Señora acogió a Jesús entre sus manos en Belén, así el sacerdote recibe a Jesús entre sus manos en la Santa Misa. Como Nuestra Señora ofreció a Jesús Víctima en el Calvario, así el sacerdote ofrece el Cordero inmolado en el altar. Como Nuestra Señora ha

dado a Jesús a la humanidad, así el sacerdote nos da a Jesús en la Santa Comunión.

Luego San Buenaventura dice bien: Cada sacerdote en el altar debería estar enteramente identificado con Nuestra Señora, para que *“como por medio de Ella nos ha sido dado este Santísimo Cuerpo, así se debe ofrecer por sus manos”*.

Y San Francisco de Asís nos dice que Nuestra Señora representa para todos los Sacerdotes el espejo de su santidad, dada la estrecha cercanía que hay entre la Encarnación del Verbo en el seno de María y la Consagración Eucarística entre las manos del sacerdote.

Aprendamos también nosotros en la escuela de los santos a respetar y a venerar a los sacerdotes, a rezar por su santificación, a ayudarles en su altísima misión.

*“... María
de la que nació Jesús”
(Mt 1 16)*

VI

EL PAN DE LA MADRE

- El pan de la Madre

La Eucaristía es el *Pan* de Nuestra Señora divina. Es el *Pan* hecho de María con la harina de su Carne inmaculada, amasada con su leche virginal. San Agustín escribía: *“Jesús ha tomado la Carne de la Carne de María”*.

“Tú eres mi Hijo”

En la Eucaristía, como sabemos, también junto con la Divinidad está todo el Cuerpo y la Sangre de Jesús formados del Cuerpo y de la Sangre de María toda Virgen. Por eso será muy verdadero y hermoso darse cuenta, en cada Santa Comunión que se haga, de la presencia en la Eucaristía de María Santísima, inseparable y toda una con Jesús Hostia. Jesús es siempre su Hijito adorado, Carne de su Carne y Sangre de su Sangre. Si Adán podía llamar a Eva, formada de su costilla, *“hueso de mis huesos y carne de mi carne”* (Gn 2 23), ¿cuánto más no podrá llamar María Santísima a Jesús *“Carne de mi Carne y Sangre de mi Sangre”*? Formada de la *“Virgen intacta”* como dice Santo Tomás de Aquino, la Carne de Jesús es la Carne materna de María, la Sangre de Jesús es la Sangre materna de María. Luego ya no será posible nunca separar a Jesús de María.

Por eso en cada Santa Misa que se celebra, también puede repetir la Beata Virgen a Jesús, en verdad, en la Hostia y en el Cáliz: *“Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy”* (Sal 2 7). Y justamente San Agustín nos enseña que en la Eucaristía *“María extiende y perpetúa su Maternidad Divina”*, mientras San Alberto Magno exhorta con amor:

“Alma mía, si quieres gozar de la intimidad de María, déjate llevar en sus brazos y aliméntate con su sangre... Ve con este pensamiento inefablemente casto a la mesa de Dios y encontrarás en la Sangre del Hijo el alimento de la Madre”.

Santos y teólogos semejantes (San Pedro Damiano, San Bernardo, San Buenaventura, San Bernardino...) dicen que Jesús instituyó la Eucaristía ante todo por María, y después, por medio de María, Mediadora universal de todas las gracias, para todos nosotros. Luego es desde María cómo nos viene dado Jesús un día tras otro; y en Jesús está siempre la Carne inmaculada y la Sangre virginal de su Madre que penetra en nuestro corazón y satisface nuestra alma. En un éxtasis, durante la celebración de la Santa Misa, San Ignacio de Loyola contempló un día la realidad revelada de esta dulcísima verdad y quedó celestialmente conmovido.

María está toda en Jesús

Si pensamos, además, que Jesús, fruto del seno inmaculado de María, es todo el amor, toda la dulzura, toda la intimidad, toda la riqueza, toda la vida de María, al recibirle no podemos dejar de recibir también a quien por los vínculos del sumo amor, además de los de la carne y de la sangre, forma una cosa única, un solo todo con Jesús, siempre e indisolublemente *“apoyada en su Amado”* (Ct 8 5). ¿No es verdad, acaso, que el amor y, sobre todo, el amor divino une y unifica? Y ¿podemos nosotros pensar en una unidad más íntima y total que la que hay entre Jesús y María, después de la que hay en el seno de la Santísima Trinidad?

La ausencia de todo pecado en María, su virginidad, su ternura, su dulzura, el amor de María, y hasta los mismos rasgos de la cara celestial de María, todo lo encontramos en Jesús, ya que la humanidad santísima asumida por el Verbo es toda y sólo ella la humanidad de María, por el misterio inefable de la Concepción virginal, obrada por el Espíritu Santo, que convirtió a María en Madre de Jesús consagrándola eternamente Virgen intacta y esplendente en alma y cuerpo.

Por esto *“la Eucaristía –escribe todavía San Alberto Magno– crea los impulsos de amor angélico y posee la eficacia singular de poner en las almas un instinto sagrado de ternura hacia la Reina de los Angeles. Ella nos ha dado la Carne de su Carne, los huesos de sus huesos, y continúa dándonos en la Eucaristía este dulce y virginal manjar celestial”*.

En fin, como en la generación eterna del Verbo, en el seno de la Trinidad, el Padre se da todo al Hijo, “Espejo del Padre”, así en la generación temporal del mismo Verbo, en el seno de humanidad, la Madre Divina se da toda al Hijo, a su Jesús, *“la flor Virginal de la Virgen Madre”*, como dice Pío XII; y el Hijo, a su vez, se da todo a la Madre asimilándose a Ella y haciéndola *“toda deificada”*, como afirma espléndidamente San Pedro Damiani.

Junto al Sagrario

San Pedro Julián Eymard, el Santo que era todo amor a la Eucaristía, afirmaba que ya en esta tierra, después de la Ascensión de Jesús al Cielo, la Beata Virgen *“vivía en el Santísimo Sacramento, vivía de él”*, y por eso, a él le gustaba llamarla *“Nuestra Señora del Santísimo*

Sacramento". Y San Pío de Pietrelcina decía a veces a sus hijos espirituales: *"Pero ¿no veis a Nuestra Señora siempre junto al Sagrario?"*. Y ¿cómo Ella podría no estar, Ella que en el Calvario, Corredentora universal, estaba *"junto a la Cruz de Jesús"* (Jn **19** 25)? Por eso San Alfonso M^a de Liguorio a cada Visita a Jesús Eucarístico unía siempre la Visita a María Santísima; y San Juan Bosco decía: *"Os recomiendo a todos primero hacer la adoración a Jesús Eucarístico, y después el respeto a María Santísima"*. También San Maximiliano M^a Kolbe recomendaba que, al ir a Jesús Eucarístico, no se dejase nunca de recordar la presencia de María, invocándola y uniéndose a Ella, pasando al menos por la mente su dulce Nombre.

En la vida de San Jacinto, dominico, se lee que, una vez, para evitar una profanación del Santísimo Sacramento, el Santo corrió a sacar del Sagrario el copón con las Sagradas Hostias para ponerlo en un sitio seguro. Mientras San Jacinto se iba con Jesús Eucarístico apretado en su pecho, oyó una voz que salía de la imagen de María Santísima que estaba a un lado del altar: *"¿Cómo? ¿Te llevas a Jesús sin llevarme también a mí?..."*. El Santo se paró sorprendido, entendió el requerimiento, pero no sabía cómo hacer para sacar también la imagen de la Madre Celestial; de forma insegura se acercó a la imagen para intentar cogerla con la única mano que le quedaba libre, pero no hubo necesidad de esfuerzo alguno porque la imagen se había hecho tan ligera como una pluma; el significado del prodigio es delicadísimo: Tomar a María con Jesús no puede pesar ni costar absolutamente nada, porque Ellos *"están el Uno en el Otro"* (Jn **6** 56) de una manera divinamente sublime.

Bellísima es también la respuesta que dio Santa Bernardita Soubirous a una persona que quiso ponerla en dificultades con esta pregunta: *"¿Qué te gusta más: recibir la Santa Comunión o ver a Nuestra Señora en la Gruta?"*.

La pequeña Santa pensó unos instantes y, después, respondió: *“¡Qué pregunta tan extraña! Son cosas que no se pueden separar. Jesús y María van siempre juntos”*.

Custodia eucarística eterna

La unión entre Nuestra Señora y la Eucaristía permanecerá indisoluble por su naturaleza *“hasta el fin del mundo”* (Mt **28** 20). Sí, María Santísima, con su Cuerpo y su Alma es la celeste *“Morada de Dios”* (Ap **21** 3); es la hostia incorruptible *“Santa e inmaculada”* (Ef **5** 27) que reviste de ella al Verbo de Dios hecho hombre; San Germán llega a llamarla *“Paraíso dulcísimo de Dios”*. Y más bien, según una sentencia piadosa, avalada por los éxtasis y las visiones de Santa Verónica Giuliani y, sobre todo, de la Beata Magdalena Martinengo, también en el Cielo la Virgen Santísima conserva y conservará eternamente a Jesús Hostia visible en su pecho, y eso para su *“eterno consuelo, para júbilo de todos los Beatos, y especialmente para alegría perenne de los devotos del Santísimo Sacramento”*. Es la imagen de Nuestra Señora Mediadora universal hecha pintar también recientemente por la Madre Esperanza y colocada en el Santuario de Collevaleza. Es la misma imagen que se reproduce muchas veces en las custodias eucarísticas de los siglos pasados que representan a Nuestra Señora con el hueco en el pecho para colocar la Hostia Consagrada. *“Dichoso el seno que te llevó”* gritó la mujer en medio de la multitud (Lc **11** 27). Por esto en algunas iglesias de Francia, el Sagrario eucarístico estaba colocado en una imagen de la Virgen de la Asunción. El significado es iluminador: Es siempre María Santísima quien nos da a Jesús, Fruto Bendito de su vientre virginal y Corazón de su Corazón Inmaculado. Y Ella continuará

llevando eternamente a Jesús Eucarístico en su pecho para ofrecerlo a la contemplación gozosa de los Bienaventurados a quienes ya ahora les es dado ver la Divina Persona de Jesús en las especies eucarísticas, según la enseñanza del Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino.

Con María en Jesús

Pero también nuestra unión con Nuestra Señora encuentra su punto fervoroso de fusión plena y más amorosa en la Eucaristía, y especialmente en la Santa Comunión: Con Jesús Hostia también entra Ella dentro de nosotros, se hace todo una con cada uno de nosotros sus hijos, derramando su amor materno sobre nuestra alma y nuestro cuerpo. Escribió bien, en efecto, el gran San Hilario, padre y doctor de la Iglesia: *“La mayor alegría que podemos dar nosotros a María es la de llevar a Jesús Eucarístico en nuestro pecho”*. Su unión materna con Jesús se convierte también en unión con quien se une a Jesús, especialmente en la Santa Comunión. Y ¿qué puede alegrar tanto a una persona que ama como la unión con la persona amada? Y nosotros ¿no somos acaso los hijos amados de la Madre Celestial, de nuestra Corredentora?

Cuando vamos a Jesús en el altar, siempre encontramos, como los Reyes Magos en Belén, a Jesús *“con su madre María”* (Mt 2 11); y Jesús Hostia, en el altar de nuestro cuerpo, puede repetir a cada uno de nosotros, como a San Juan en el altar del Calvario: *“Ahí tienes a tu Madre”* (Jn 19 27).

Con sublime elevación, San Agustín nos ilustra mejor todavía cómo María Santísima se hace nuestra y se une a cada uno de nosotros en la Comunión Eucarística: *“El*

Verbo es el alimento de los Ángeles. Los hombres no tienen fuerza para alimentarse, a pesar de la necesidad que tienen de hacerlo. Sucede que encuentran una madre que come de este Pan supersubstancial, y lo transforma en leche para alimentar a sus pobres hijos. Y aquí está María: Ella se alimenta del Verbo y lo transforma en la Santísima Humanidad, lo transforma en Cuerpo y Sangre, en esta leche dulcísima que se llama Eucaristía”.

Por eso, es cosa natural que en los grandes y en los pequeños Santuarios marianos, se desarrolle siempre la piedad eucarística, hasta el punto de poderlos considerar también Santuarios eucarísticos. Piénsese en Lourdes, Fátima, Loreto, Pompeya,... donde se acerca la multitud al altar en filas interminables para alimentarse del Fruto de María. Y no puede ser de otra manera porque no hay unión tan tierna y tan dulce con Nuestra Señora como la que se realiza recibiendo la Santísima Eucaristía. En verdad, Jesús y María *“siempre van juntos”* ¡como decía Santa Bernardita!

APÉNDICE 2

(de la versión en castellano)

El Milagro de los Sagrados Corporales de Daroca (Zaragoza)

DAROCA guarda el Misterio de los Sagrados Corporales, milagro ocurrido en Luchente (Valencia). Los hechos fueron como sigue.

Tropas cristianas de Daroca, Teruel y Calatayud, en condiciones desventajosas, se disponían a conquistar a los moros el Castillo de Chio, en Luchente, distante tres leguas de Játiva, era el día 23 de febrero de 1239.

El capellán D. Mateo Martínez de Daroca, celebraba momentos antes Misa en la que consagró seis formas destinadas a la comunión de los seis capitanes de aquellas tropas; un ataque del enemigo obligó a suspender la Misa, ocultando el capellán las formas envueltas en los corporales en un pedregal del monte.

Rechazado el ataque, se dispusieron a recoger las Hostias de donde las habían escondido y al desplegar los Corporales se encontraron las SEIS HOSTIAS empapadas en sangre y pegadas a los Corporales.

Surgieron disputas entre los presentes por quién había de ser el que llevara a su ciudad el paño con las Hostias ensangrentadas. Se decide colocar los Corporales sobre una mula y que a ésta se la deje andar y allí donde se pare queden depositadas las seis hostias, ya que ello sería Voluntad de Dios; la mula fue a caer muerta en la puerta de

la Iglesia de San Marcos, hoy convento de religiosas de Santa Ana, junto a la Puerta Baja.

El paño estuvo depositado en esta Iglesia durante algún tiempo, hasta que se trasladó a la Iglesia de Santa María, allí se conservan y distinguen perfectamente las SEIS HOSTIAS; se muestran a la adoración de los fieles en peregrinaciones y con toda pompa y solemnidad para la festividad del CORPUS CHRISTI.

ÍNDICE

ÍNDICE COMPLETO DEL LIBRO JESÚS AMOR EUCARÍSTICO

	<u>Pág.</u>
Prólogo	5
I) OH DIVINA EUCARISTÍA	
Jesús Eucaristía es Dios entre nosotros	13
Conocer, amar, vivir la Eucaristía	18
II) JESÚS PARA MÍ	
La Santa Misa y el Sacrificio de la Cruz	29
La Santa Misa diaria	35
La participación activa y fructífera	40
La Santa Misa y las almas del Purgatorio	46
III) JESÚS EN MÍ	
La Santa Comunión: Jesús es mío	55
La pureza de alma para la Santa Comunión	61
La acción de gracias después de la Santa Comunión	67
El Pan de los fuertes y el viático para el Cielo	74
Todos los días con Él	81
La Comunión espiritual	88
IV) JESÚS CONMIGO	
La Presencia Real	99
La “Visita” a Jesús	105
Jesús ¡te adoro!	112
Amar la “Casa de Jesús”	120
V) EL QUE NOS DA A JESÚS	
El que nos da a Jesús	133
VI) EL PAN DE LA MADRE	
El pan de la Madre	149

VII) ORACIONES PARA LA SANTA EUCARISTÍA

La Santa Comunión:

Preparación. Acción de gracias 163

La Comunión con María:

Preparación. Acción de gracias..... 169

La Visita Eucarística:

Visita al Santísimo Sacramento..... 171

Comunión Espiritual..... 172

Visita a María Santísima..... 172

APÉNDICE 1

El Milagro Eucarístico de Lanciano:

Fe, ciencia, piedad popular 173

APÉNDICE 2

El Milagro de los Sagrados Corporales

de Daroca (Zaragoza) 181

ÍNDICE..... 185